El sachem hablaba el inglés y entendia el francés; y como mi intérprete sabia el iroqués, fué mny facil la conversacion. Entre otras cosas me dijo el viejo, que aunque su nacion siempre había estado en guerra con la mía, no por eso había dejado nunca de estimarla; y me aseguró que los salvages lloraban todavía la ausencia de los franceses. Quejabase de los americanos, que dentro de poco no dejarian á los pueblos cuyos antepasados los habían recibido, bastante tierra para cubrir sus huesos.

Hablé al sachem de la infelicidad de la viuda indiana, y me contestó, que en efecto aquella muger era perseguida; que él se habia interesado por ella muchas veces con los comisarios americanos; pero que no habia podido conseguir justicia: en otro tiempo, añadió, los iroqueses se la hubieran hecho.

Las mugeres indianas nos sirvieron un refresco. La hospitalidad es la última virtud salvage que han conservado los indios en medio de los vicios de la civilizacion europea. Sabido es cual era en ofros tiempos esta hospitalidad; el que era recibido en una cabaña se hacia inviolable; el hogar era para él un altar que le hacia sagrado, y el dueño de aquel hogar, se hubiera dejado matar antes que permitir se tocase à su huésped un pelo de la ropa.

Cuando una tribu lanzada de sus bosques, ó un hombre pedia hospitalidad, el estrangero empezaba lo que llamaban la danza del suplicante, que se ejecutaba de este modo:

El suplicante avanzaba algunos pasos, luego se detenia mirando à la persona à quien dirigia la súplica, y se volvia en seguida à su primera posicion. Entonces entonaban los huéspedes el canto del estrangero: «Ve aquí al estrangero, ve aquí al enviado del Grande Espíritu.» Despues del canto, se dirigia un niño al estrangero, y le tomaba por la mano para

conducirle á la cabaña. Cuando el niño tocaba el umbral de la puerta, decia: «Ve aquí al estrangero;» y el gefe de la cabaña contestaba: «Niño, introduce al hombre en mi cabaña.» Entonces entraba el estrangero bajo la proteccion del niño, y se dirigia como entre los griegos á sentarse sobre la ceniza del hogar. Le presentaban la pipa de la paz; fumaba tres veces, y las mugeres entonaban el canto del consuelo: «El estrangero ha encontrado una ma«dre y una esposa: el sol saldrá y se pondrá para él «como antes.»

Llenaban de agua de erable una copa consagrada, que era una calabaza ó un vaso de piedra, que reposaba ordinariamente en un ángulo de la chimenea, y sobre la cual se ponía una corona de flores. El estrangero se bebía la mitad del agua, y pasaba la copa á su huésped para que la apurase.

Al otro dia de mi visita al gefe de los onondagas, continué mi viage; el viejo sachem se habia encontrado en la toma de Québec, y había asistido á la muerte del general Wolf; y yo, que salia de la choza de un salvage, hacia muy poco que me había escapado del palacio de Versalles, y acababa de sentarme á la mesa con Washington.

A medida que nos acercábamos á Niagara, el camino mas penoso se conocia apenas por la tala de los árboles: los troncos de estos servian de puentes sobre los arroyos, ó de faginas en las honduras. La población americana tenía entonces mucha afición á los establecimientos del Jeneso, que los gobiernos de los Estados-Unidos vendian mas ó menos caros, segun la bondad del terreno, la calidad de los árboles, el curso y la abundancia de las aguas.

Los desmontes ofrecian una mezcla singular del estado de la naturaleza y el de la civilizacion. En el rincon de un bosque, donde jamás habian resonado

Biblioteca popular.

sino los gritos del salvage ó los rugidos de la fiera, se veia una tierra cultivada, y descubríase de un mismo punto la cabaña de un indio y la habitacion de un plantador. Algunas de estas habitaciones, ya concluidas, recordaban la limpieza y aseo de las granjas inglesas y holandesas; otras no estaban todavia concluidas, y no tenian mas techo que las copas de los árboles silvestres.

Solia yo entrar en aquellas habitaciones de un dia, en donde muchas veces encontraba una familia interesante, con todo el atractivo y toda la elegancia de Europa: muebles de caoba, piano, tapices, espejos; y todo esto á cuatro pasos de la cabaña de un iroqués. Por la tarde, cuando los criados volvian de los hosques ó de los campos con la hazada ó el arado, se abrian las ventanas, y las hijas de mi huésped cantaban al piano la música de Paesiello y de Cimarosa, á la vista del desierto, y muchas veces al

lejano murmullo de una catarata.

En los mejores terrenos están establecidas las poblaciones, y no es posible formarse una idea del sentimiento y el placer que se esperimenta al descubrir la veleta de un nuevo campanario, que se levanta de en medio de un antiguo bosque americano. Como en pos de los ingleses van siempre las costumbres inglesas, despues de haber atravesado algunos paises, en donde no se encontraba señal alguna de que fuesen habitados, descubria la muestra de una venta que pendia de una rama á la orilla de un camino, mecida por el viento de la soledad. Encontrábanse en aquellas posadas cazadores, plantadores é indíanos; pero la primera vez que yo descansé en una de ellas juré firmemente que aquella seria la última.

Entrando una tarde en aquellas singulares hosterías, quedé sorprendido à la vista de una cama in-

mensa que estaba dispuesta alrededor de un poste: cada viagero se colocaba en aquella cama, apoyando los pies en el poste del centro y la cabeza en la circunferencia del circulo; de manera que los durmientes estaban formados simétricamente como los ravos de una rueda, ó las varillas de un abanico. Despues de vacilar un poco, me introduje como pude en aquella maquina, porque no veia a nadie. Comenzaba a dormirme, cuando sentí la pierna de un hombre que se introducia entre las mias. Era la de mi maldito holandés, que se acostaba á mi lado. Jamás en mi vida he esperimentado mas horror. Salté fuera de aquella esportilla hospitalaria, maldiciendo de corazon los buenos usos de nuestros buenos abuelos, y me fuí á dormir envuelto en mi capa á la claridad de la luna: esta compañera del sueño del viagero, era muy agradable, fresca v pura.

Al llegar aquí falta el manuscrito, ó por mejor decir, lo que contenia se halla inserto en otras obras mias. Despues de muchos dias de camino, llegué al rio Jeneso; en cuya márgen opuesta presencié la maravilla de la serpiente de cascabel atraida por el sonido de la flauta (4); encontré mas lejos una familia salvage, y pasé la noche en su compañía à alguna distancia del salto de Niagara. La historia de este encuentro, y la descripcion de esta noche, se hallan en el Ensayo histórico y en el Genio del Cristia-

nismo

Los salvages del salto de Niagara, dependientes de los ingleses, estaban encargados de defender por aquel lado la frontera del alto Canada; y en este concepto nos salieron al paso armados de arcos y flechas, y nos hicieron detener.

Me fué preciso, pues, enviar al holandés al fuerte

(1) Genio del Cristianismo.

de Niagara á pedir al comandante una autorizacion para entrar en las tierras del dominio británico: demanda que en verdad me repugnaba, porque me acordaba de que la Francia habia mandado en otros tiempos en aquellos paises. Volvió mi guia con el permiso, que todavía conservo, firmado por el capitan Gordon; y es sin duda singular haber yo encontrado este mismo nombre inglés sobre la puerta de mi celda en Jerusalen (1).

Permaneci dos dias en el pueblo de los salvages; y en este parage presenta el manuscrito la minuta de una carta que yo escribia á un amigo de Francia, concebida en estos términos:

Carta escrita en el pais de los salvages de Niagara.

No puedo dejar de referiros lo que pasó ayer por la mañana en la habitación de mis huéspedes. Todavía se hallaba la yerba cubierta de rocio; el viento salia de las selvas impregnado de balsámicos aromas; las hojas de la morera silvestre estaban cargadas de capullos de una especie de gusanos de seda, y los algodoneros del pais, volviendo sus abiertas cápsulas, semejaban á rosales blancos.

Las indianas, sentadas alrededor de una corpulenta haya, se ocupaban en diversas labores: los niños mas pequeños estaban en unas redes suspendidas á las ramas del árbol, y la brisa de los bosques mecia aquellas cunas aéreas con un movimiento casi insensible. De cuando en cuando se levantaban las madres para ver si sus hijos dormian, ó si los habia despertado la multitud de pajaritos que cantaban y revoloteaban alrededor. Esta escena era verdaderamente encantadora.

(1) Itinerario.

El intérprete y yo nos habíamos sentado algo separados, en compañía de los guerreros, que eran siete; y todos estábamos fumando en grandes pipas. Dos ó tres de aquellos indios hablaban el inglés.

A cierta distancia estaban jugueteando algunos muchachos; pero en medio de sus juegos, saltando, corriendo y lanzando pelotas, no hablaban una palabra. No se oia allí la atronadora gritería de los niños europeos. Aquellos jóvenes salvages brincaban como unos corzos, y eran mudos como ellos. Uno ya grandillon, de siete á ocho años, separándose algunas veces de la cuadrilla, se venia á mamar de su madre, y se volvia á jugar con sus compañeros.

Alli no destetan à los niños por fuerza; y de ahí es que despues de haber comido otros alimentos, agotan el seno de su madre, como la copa que se agota al fin de un banquete: cuando la nacion entera se muere de hambre, todavía encuentran los niños una fuente de vida en el seno maternal; y acaso sea esta una de las causas que impiden que las tribus americanas se multipliquen tanto como las familias europeas.

Habiendo notado que los padres hablaban á los hijos, y estos contestaban, hice que mi holandés me enterase de aquel coloquio; y hé aquí de lo que se trataba.

Un salvage, que tendria unos treinta años, llamó á su hijo, y le amonestó á que no saltase tan alto; el niño respondió: Es muy puesto en razon. Y sin hacer lo que el padre le mandaba, se volvió à sus juegos.

Entonces le llamó su abuelo, y le dijo: Haz este, y el muchacho se sometió; de modo que el niño desobedeció à su padre que le rogaba, y obedeció à su abuelo que le mandaba. El padre no es casi nada para el hijo.

Jamás impone ningun castigo á éste, el cual no reconoce mas autoridad que la de los años y la de su madre. La desobediencia á ésta se reputa entre los indios como un crimen espantoso. Guando la madre envejece, es alimentada por el hijo.

Con respecto al padre, mientras es jóven el hijo no hace caso de él: pero cuando va entrando en edad, le honra, no como padre, sino como anciano; es decir, como hombre de consejo y esperiencia

Este modo de educar á los hijos con toda su independencia, deberia hacerlos caprichosos; pero sin
embargo, los niños de los salvages no tienen caprichos ni mal humor; porque solo desean lo que saben que pueden alcanzar. Cuando ocurre que un niño llora por alguna cosa que su madre no tiene, se
le dice que vaya y la tome en donde la ha visto, y como siente su debilidad, y conoce que no es el mas
fuerte, olvida el objeto de sus deseos. Si el niño salvage no obedece á nadic, nadie tampoco le obedece á él; y este es todo el secreto de su alegría ó de su
razon.

Los niños indianos no se querellan ni se pegan: no son bulliciosos, enredadores ni ariscos: tienen en su porte cierta cosa grave como la felicidad, y noble como la independencia.

Nosotros no podríamos criar así nuestra juventud; porque para esto deberiamos empezar deshaciéndonos de nuestros propios vicios; y encontramos mas facil sepultarlos en el corazon de nuestros hijos, cuidando únicamente de que no se muestren en el esterior.

Cuando el jóven indiano siente nacer en él la aficion á la pesca, á la caza, á la guerra, ó á la política, estudia é imita las artes que ve practicar á su padre; entonces aprende á coser una canoa, teger una red, manejar el arco, el fusil, la macana y el hacha, á cortar un árbol, á edificar una choza, y á esplicar los collares. Lo que es una diversion para el hijo, se convierte en autoridad para el padre: el derecho de la fuerza y la inteligencia de este es reconocido, y este derecho le conduce poco á poco al poder del sachem.

Las muchachas gozan de la misma libertad que loschicos: hacen con corta diferencia todo lo que quieren; pero permanecen mas tiempo al lado de sus madres, las cuales las enseñan los quehaceres domésticos. Cuando una jóven india ha obrado mal, su madre no hace mas que echarle algunas gotas de agua en la cara, diciéndola: Tú me afrentas: y esta reconvencion rara vez deja de producir su efecto.

Permanecimos á la puerta de la cabaña hasta medio dia, á cuya hora despedia el sol un ardor intolerable. Uno de nuestros huéspedes se dirigió hácia los muchachos, y les dijo: Niños, idos á dormir, porque el sol os comerá la cabeza.—Es verdad, dijeron todos, y por toda señal de obediencia continuaron jugando despues de haber convenido en que el sol les comería la cabeza.

Mas entonces se levantaron las mugeres, una mostrando la sagamita en una vasija de madera, otra la fruta preferida, y otra tendiendo una estera para acostars:; y empezaron á llamar á la obstinada cuadrilla, uniendo á cada nombre una palabra de ternura. Los niños volaron al instante hácia sus madres como una nidada de pajaritos. Tomáronlos en brazos las mugeres, y cada una pudo llevarse con harto trabajo á su hijo, que se comia en los brazos maternales-lo que acababan de darle.

Adios, no sé si esta carta escrita en medio de los bosques, llegara jamás á vuestras manos.

Del pueblo de los indios me trasladé á la catarata de Niagara. La descripcion de ésta, colocada al fin de la Atala, es sobrado conocida para reproducirla; y forma ademas parte de una nota sobre el Ensayo histórico; pero hay en esta misma nota a gunos pormenores tan intimamente enlazados con la historia de mi viage, que creo deber repetirlos aquí.

En la catarata de Niagara, por egemplo, habiéndose roto la escalera indiana que había en otro tiempo, á despecho de las reflexiones de mi guia, me empeñé en bajar al pie del salto por una roca perpendicular de mas de doscientos pies de elevacion, y corri ciertamente gran peligro. A pesar del bramido de la catarata, y del espantoso abismo que bullia debajo de mis pies, conservé la serenidad, y llegué hasta unos cuarenta pies del fondo; mas en este punto, la roca pelada y vertical no presentaba ya raices ni hendiduras en donde poder poner el pie. Permanecí suspendido a plomo de las manos, sentia que los dedos se me abrian poco á poco de cansancio por el peso de mi cuerpo, y veia la muerte inevitable: pocos hombres habrán pasado en su vida dos minutos como los que yo pasé entonces suspendido sobre el abismo de Niagara. En fin, se me abrieron las manos y cai; mas por una fortuna inaudita, me encontré sobre la peña viva; en donde debia haberme estrellado, y sin embargo conocí que no me habia hecho un gran mal: estaba á media pulgada del abismo, y no habia caido en él. Pero cuando el frio del agua comenzó á penetrarme, eché de lver que no habia salido tan bien librado como crei al principio; porque sentí un dolor insoportable en el brazo izquierdo, que me habia roto por encima del codo. Mi guia, que me observaha desde lo alto, y á quien yo llamaha por señas, corrió en busca de algunos salvages; los

cuales, con mucho trabajo, me subieron por medio de unas cuerdas de abedúl, y me llevaron á su cabaña.

No fué este el único riesgo que corrí en Niagara: cuando llegué, me fuí á ver el salto, y rellándome al brazo la brida del caballo, me ladeé para mirar hácia abajo: en esto se movió en las matas vecinas una serpiente de cascabel; espántase el caballo, encabritase, y retrocede acercándose al abismo; yo no podia desenredarme el brazo de las riendas, y el caballo cada vez mas espantado, me arrastraba tras sí. Ya no tocaba la tierra con las manos, y puesto al borde del abismo, sosteniase solo por la fuerza de las ancas. No habia remedio para mí, cuando el animal, aterrado él mismo por el nuevo peligro, hizo el último esfuerzo; y dando una huida, saltó á diez pies de la orilla.

Solo tenia una ligera fractura en el brazo, y de consiguiente bastaron para mi curacion dos tablillas, un vendaje y un cabestrillo. Mi holandés no quiso pasar mas adelante: le pagué, se volvió a su casa, y yo hice un nuevo ajuste con unos canadienses de Niagara, que tenian una parte de su familia en San Luis de los Hineses sobre el Mississipi.

El manustrito presenta aquí una idea general de los lagos del Canada.

LAGOS DEL CANADA.

Las aguas sobrantes del lago Erié, despues de haber formado la catarata de Niagara, van á parar al